

Deseos de la disciplina: viaje etnológico al latinoamericanismo estadounidense

por Andrés Avellaneda
(University of Florida)

RESUMEN

El modelo tradicional de historia literaria –caracterizado por su empeño en borrar las diferencias, emplazar un centro triunfal sobre lo periférico y naturalizar el concepto de lo unitario–, parece haber sido reemplazado por un paradigma más moderno, definido por la integración de lo plurirracial, pluriétnico y pluricultural en su propuesta. Stephen Greenblatt, leyendo desde el campo de los estudios literarios en lengua inglesa, ha observado que ese cambio es resultado tanto del examen crítico-ideológico de la cuestión como de la acción del capitalismo global sobre la producción simbólica. Sin embargo, señala Greenblatt, el modelo tradicional-nacional de historia literaria parece haber migrado “desde el centro a lo que alguna vez fue llamado la periferia”. Examinar comparativamente el cariz de esta cuestión desde la perspectiva de los estudios literarios latinoamericanos producidos en los Estados Unidos, uno de los centros de mayor producción académica dentro del campo, puede ayudar a comprender los verdaderos alcances de las condiciones materiales del paradigma cultural existente en las varias y diferentes “historias literarias latinoamericanas”. Este trabajo examina la presencia y significado de esas condiciones por dentro de los recientes ciclos de renovación de la crítica literaria latinoamericana producida en la universidad estadounidense, con especial atención tanto a la influencia pragmática planteada por sus específicas exigencias curriculares, como a las presiones de mercado que modelan la posicionalidad del investigador de las humanidades y la dirección teórica misma de sus investigaciones.

Palabras clave: literatura latinoamericana – historia literaria – latinoamericanismo estadounidense

The traditional model in literary history –characterized by its desire to nullify the differences, locate a triumphant centre over the peripheral and naturalize the notion of unity–, seems to have been replaced by a more modern paradigm, defined by the integration of the multiracial, multiethnic and multicultural in its proposal.

Reading from the field of English literary studies, Stephen Greenblatt has observed that this change came as a result of both the critical-ideological examination of the matter and the effect of global capitalism on symbolic production. Nevertheless, says Greenblatt, the traditional-national model seems to have migrated “from the centre to what was once called the periphery”. To examine this matter from the perspective of the Latin-American studies that take place in the United States, responsible for one of the largest academic productions in the field, may help understand the real range of the material conditions of the cultural paradigm present in diverse “Latin-American literary histories”. This article examines the presence and meaning of these conditions within the recent cycles that renew Latin-American literary criticism produced in the United States, paying particular attention to the pragmatic influence posed by their specific curricular demands, as well as to how the market pressures shape the investigator’s place and even the theoretical course of his investigations.

Keywords: Latin American literature – literary history – North American latinamericanism

A partir del ímpetu adquirido en la década del sesenta, cuando se funda la *Latin American Studies Association* (1966), los estudios latinoamericanos realizados en los Estados Unidos han alcanzado una complejidad y riqueza quizás inigualada. El estudio de la lengua y la cultura iberoamericana es una presencia activa en las más de dos mil instituciones universitarias del país; se mantiene una generosa oferta de maestrías y doctorados relacionados con el campo en todas las disciplinas; el estudio del español es el menos afectado por la actual crisis de empleo universitario; la productividad de investigación en estudios literarios españoles y latinoamericanos, visible en más de cincuenta revistas especializadas, es sólo inferior a la realizada sobre literatura en lengua inglesa. En la vasta y creciente población del campo latinoamericanista ya es visible la figura del intelectual y teórico migrante y viajero que Edward

Said definiera hace algún tiempo como “modelo posible para una libertad académica” (1991: 134), ese crítico postcolonial o intelectual “de frontera” que parece flotar en un espacio “otro” por dentro de los países centrales, posicionado entre éstos y sus países marginales de procedencia. En los espacios de investigación propiamente latinoamericanos, el volumen y la calidad de esta producción especializada produce algunos limitados efectos de demostración, pero también una saludable autorreflexión crítico-teórica cuyo riesgo menos seductor es la complacencia ocasional en ciertas “victorias del margen”, la verificación de haber “estado allí antes”, y hasta mucho antes (vienen a la mente de inmediato el temprano examen crítico latinoamericano de Bajtín, Lotman, Bourdieu, Raymond Williams, Foucault, Benjamin, Adorno, Lacan, entre otros pensamientos teóricos integrados en la discusión latinoamericana a veces con décadas de anticipación respecto de los Estados Unidos). Pero la cuestión fundamental no es tanto hacer una lectura comparada diacrónica de la reproducción teórica, sino más bien comprender qué relación existe entre los discursos críticos y sus discursos sociales específicos de referencia.

De acuerdo con esto me propongo presentar aquí una evaluación no axiológica de las condiciones discursivas de los estudios literarios latinoamericanistas estadounidenses, para lo cual será necesario considerar primero algunos rasgos específicos del lugar de enunciación de ese discurso crítico. Si se aceptara por un momento esa peculiar, eurocéntrica división del trabajo científico imaginada por las potencias centrales –al menos desde mediados del siglo veinte–, que otorga al Tercer Mundo la producción de “culturas” que constituirían objetos de estudio para los etnohistoriadores y antropólogos del Primer Mundo, productores éstos a su vez de teoría (Pletsch 1981), entonces mi propuesta sería algo así como una *etnología inversa*: un trabajo de campo hecho desde la “periferia” para describir e interpretar la cultura teórico-crítica “central”, con la premisa de que las normas de estudio de una disciplina están siempre fuertemente condicionadas por un contexto interpretativo. Este contexto está marcado por necesidades y deseos (de género, de clase, de etnia, de “cultura”) que le son específicos; por lo tanto, consideraré primero algunas características principales de ese contexto interpretativo estadounidense, el lugar de su enunciación crítico-teórica.

El multiculturalismo, entendido como aceptación de la diversidad cultural por dentro de una sociedad de composición multiétnica, es quizás el postulado que mayor efecto ha tenido en los debates teórico-críticos realizados en las universidades norteamericanas de los últimos años. Dentro de ese espacio el multiculturalismo intenta revelar, para decirlo con Benjamin, “la barbarie de la civilización”. Intenta mostrar la barbarie implícita en los documentos culturales sancionados y reproducidos sobre todo por la universidad pero también por otros sistemas de dominación discursiva; intenta desnudar los mecanismos institucionales de creación y preservación de la cultura. En ese esfuerzo por deconstruir la “barbarie”, el multiculturalismo busca revelar las formas de poder y de conocimiento “ilegítimos” que existen en lo marginal. En los estudios literarios este ímpetu multiculturalista se derramó en la reconfiguración del canon y del curriculum, operaciones hechas célebres por las (algo hiperbólicamente) llamadas “guerras culturales” de mediados de los ochenta, que enfrentaron a muchos teóricos de los departamentos de educación y de inglés –sobre todo a los enrolados en corrientes como los estudios postcoloniales y de subalternidad–, con la airada reacción del *establishment* de centroderecha. Pero no sólo una derecha recalcitrante y económicamente poderosa ha cuestionado el multiculturalismo, especialmente en su discusión sobre diversidad y diferencia. Desde muchos espacios teórico-críticos de izquierda, la llamada diversidad, punta de lanza del multiculturalismo, es considerada como una manipulación del sistema que sirve para mantener la ilusión de una pluralidad benigna, una práctica que concede “respeto por la diferencia” para domar el potencial rebelde del texto marginal, para reducirlo a la simple función pedagógica de enseñar a entender la diferencia con una implícita premisa: la diferencia puede ser entendida, o sea sobrepasada, es decir, neutralizada. *Diferencia* llega a ser en este marco una categoría que finalmente reinscribe la centralidad de quienes definen el sentido de lo diverso, un instrumento, como subraya lúcidamente Gayatri Spivak, para construir un nuevo objeto de investigación “para la validación y la certificación institucional”: el objeto “Tercer Mundo”, el objeto “lo marginal” (1993: 56). El intelectual del Tercer Mundo corre así el riesgo de ser invitado a este escenario para que provea la posibilidad de una auténtica diferencia, de tal manera que la

comunidad crítica central pueda abrazar la fantasía del margen y olvidar que lo “otro” es en realidad un producto fabricado, algo bien organizado y perfectamente regulado. Aun cuando se constituya en campeón del radicalismo teórico, el intelectual periférico en residencia es determinado por una economía institucional de intercambio en que el centro lo desea y lo constituye porque, como dice Spivak, “necesita un margen identificable” para su funcionamiento (1993: 55). Dentro de esta perspectiva, la inserción de cursos obligatorios de literatura “mundial” en el curriculum puede ser percibida, más allá de sus aparentes efectos benéficos a largo plazo, como un escenario donde “los artefactos de la cultura ‘extranjera’ [son tratados] como [si fueran una] materia prima para el consumo”, reforzando en definitiva la primacía indiscutida del centro canónico eurocentrista (Champagn 1996: 22). Aunque las nuevas ediciones de las populares antologías de “obras maestras de la literatura universal” usadas en la educación universitaria subgraduada buscan disimular su clásica y predominante orientación eurocéntrica con voluminosos apéndices de “textos del Tercer Mundo”, no logran eclipsar la sospecha de que la inclusión de la diferencia es una concesión oportunista del sistema, una muestra más del viejo truco que disfraza un apetito global imperialista con el recurso al exotismo (Hassan 2001: 794). El exotismo, o sea ese viejo conocido de la literatura moderna ya definido como viaje del centro a la diferencia por Edmond de Goncourt, en su diario, a mediados del siglo diecinueve:

¿Por qué escoger [los bajos] ambientes [en la literatura]? Porque en lo bajo se conserva el carácter de las cosas, de la gente, del idioma, de todo... [...] Quizás porque soy un escritor nacido en buena cuna, y el pueblo, el populacho si se quiere, tiene para mí el atractivo de las poblaciones desconocidas y aún no descubiertas, lo exótico que van a buscar los viajeros.... (Anotación del 3 de diciembre de 1871, citado por Auerbach 1950: 468).

En el uso pedagógico de esos textos “diferentes”, el Otro termina siendo invocado como lo exótico, como sujeto “de afuera” más que como sujeto nacido por dentro mismo de la experiencia de lectura. Un Otro, en suma, comprendido como “ausente”, un convidado al que se le ha sustraído su poder potencialmente subversivo.

En este contexto, la primacía del debate por expandir el canon en una dirección multiculturalista que exalta la diferencia –la llamada “lucha por la representación canónica”–, es pensada como un resultado de la aparente derrota de la izquierda en la actual sociedad estadounidense: es decir, como una forma limitada de hacer política, como una política imaginaria que da sus batallas en el territorio canónico porque no puede hacer mella en la omnipotente función de una universidad que es sobre todo proveedora de investigación militar, inventora al servicio de las corporaciones, formadora de profesionales gerenciales y administrativos. Una universidad, para abreviar, reproductora del sistema: controlada políticamente por las reducciones presupuestarias; por las nuevas prácticas de subcontratación y flexibilización; por la ausencia de un sindicalismo activo y la eliminación de los beneficios laborales; una universidad organizada según el modelo corporativo neoliberal. Ubicado en el centro mismo de la economía globalizadora, este nuevo modelo de universidad expresa el irresistible deseo de fraccionar el trabajo intelectual en unidades cuantificables susceptibles de medida, patentes, subsidios, libros o artículos. Es la llamada “universidad de excelencia”, cuyos programas académicos pueden ser evaluados con criterios enteramente formales y burocráticos, sin que sea necesario tener en cuenta objetivos específicamente pedagógicos, intelectuales o políticos. En la perspectiva tecnocrática de las nuevas administraciones universitarias, este concepto de excelencia está erigido sobre la noción de máxima productividad y eficiencia, de manera que “tanto un biólogo molecular, como un teórico literario o un supervisor de parque de estacionamiento puedan ser evaluados y eventualmente premiados de acuerdo con el mismo criterio” (Berube 1998: 149). Va de suyo que los estudios literarios, modestamente ubicados en la nueva escala de valores institucionales, quedan comprendidos en estas reglas del juego.

Resumido en sus rasgos fundamentales, éste es el lugar desde donde inevitablemente tienen que hablar también los actuales estudios literarios latinoamericanistas (que incluyen, naturalmente, a la “diáspora” intelectual latinoamericana que allí trabaja); y éste es el patrón de

referencia válido para evaluar las convergencias, los paralelismos o en todo caso las simultaneidades que explican sus rasgos distintivos de origen y muchas de sus propuestas. Una coincidencia fundamental es por ejemplo el impulso descentrador que ha predominado en estos estudios durante los últimos años, descrito por Berubé como “una suerte de revitalizado deconstruccionismo profundamente relacionado con la creciente importancia de la teoría en la universidad norteamericana y con la pseudopolitización académica a que ésta ha dado lugar” (1998: 202). Algunas muestras de este impulso descentrador son el rechazo de los conceptos de valor estético y de calidad literaria por su condición elitista, reemplazados por la idea de la significación social o política de los textos; la revisión del canon y la consiguiente incorporación de lo considerado “marginal” hasta poco antes (como entre otros ejemplos la escritura de mujer, la escritura gay, el testimonio, o la literatura de regiones o países poco estudiados). El concepto mismo de estudio literario es puesto en cuestión, transformado en nuevas categorías como los estudios culturales, los estudios postcolonialistas y los de subalternidad. Las claves de estos cambios teórico-críticos en los estudios literarios latinoamericanistas se encuentran tanto en el nuevo clima de sensibilidad política hacia la diferencia, responsable importante del nuevo vigor de la disciplina y de su apertura hacia la diversidad, como en la gradual entronización de la teoría.¹

Inevitablemente, los microdebates latinoamericanistas reproducen las macrodiscusiones no latinoamericanistas que marcan su lugar de enunciación, y en ninguna parte esto es más visible que en el deseo ético-político que expresa la disciplina al discutir cuestiones relativas a la “política de la identidad” y a la “política cultural de la diferencia”. Aquí es donde se despliegan dos dimensiones contradictorias: por una parte, la negación de la premisa de que un sujeto *unitario* pueda “representar” las identidades heterogéneas (es decir describirlas y hablar por ellas); por otra, la deconstrucción del esencialismo, llevada a cabo subrayando la invención de las tradiciones, la hibridez de las culturas y la multiplicidad de las identidades. Pensar la cuestión de la identidad, tratando al mismo tiempo de evitar una naturalización homogeneizadora por vía de la apelación a la diferencia –la llamada “dialéctica de identidad y diferencia”–, plantea una aporía central: cómo deslegitimar la idea de identidad en tanto forma de representación, y abrir al mismo tiempo un espacio para las diferentes *voces silenciadas* (para las *diferentes identidades*) según el mandato multiculturalista. Para solucionar esta aporía –o sea, para quebrar la antítesis identidad-diferencia–, se ha postulado, con impecable lógica pero con desconcertante irreflexión política, pensar la imposibilidad de conocer al Otro, es decir, de identificarlo. Según esta propuesta la alteridad del Otro señalaría los límites de toda búsqueda de identidad: el Otro sería precisamente lo que se resiste al dominio conceptual y de esta manera no podría ser apropiado ni dominado.² Pero si el punto de partida es la imposibilidad de representación del Otro *diferente*, no importa cuán híbrido o multicultural sea, ¿cómo sería posible pensar y ejercer una práctica crítica ético-política que tenga al Otro como objetivo de su acción, y que se defina a sí misma como progresista?

El ímpetu teórico gira muchas veces sobre sí mismo en estas cuestiones, como si la primacía otorgada a la política cultural de diferencia se volviera lúdica, “ocupada más que nada en el placer estético de la elegancia teórica” (Hale 1997: 582), olvidada de la base social de su objeto de estudio. Como lo ha demostrado el antropólogo Charles Hale, la teoría que es elegante y progresista en el medio académico del centro puede volverse reaccionaria en su viaje a la periferia: en Guatemala, las teorías de izquierda sobre mestizaje e hibridismo son usadas por las elites criollas para deslegitimar el activismo cultural indígena (Hale 1997: 582). La teoría latinoamericanista, al igual que la teoría mayor que la engloba en su lugar de enunciación, llega así a convertirse en un sustituto del activismo político. Es tentador pensar que descentrar y desestabilizar el *texto* en el plano teórico pueda ser equivalente a conferirle poder al marginado para cambiar su realidad; pero para que la teoría tenga el poder de cambiar las condiciones sociales, se hace necesario postular la posibilidad de que el mundo sea un texto, y de que el

¹ En el actual predominio de la teoría en los estudios literarios también está presente la herencia lejana de la nueva crítica angloamericana de los cincuenta, del estructuralismo de los sesenta, del deconstruccionismo y el postestructuralismo de los ochenta.

² Véase por ejemplo Moreiras (1994: 697-98).

texto sea el mundo. Definidas por Hernán Vidal como “críticas tecnocráticas”, se trata de perspectivas teóricas apoyadas en la novedad técnica y no en las necesidades sociales latinoamericanas propiamente dichas (Vidal 1993: 117-118).

Permítaseme agregar un ejemplo más de este girar de la teoría sobre sí misma. Al desnudar justamente la tenacidad eurocéntrica de la disciplina, Walter Mignolo propone la práctica de una “teorización bárbara” (*barbaric theorizing*), un acto de teorizar que define como “propio del Tercer Mundo y desde el Tercer Mundo... para todo el planeta” (Mignolo 1998: 35). En el esquema de Mignolo, el “bárbaro” no resulta vencido por la civilización sino que se apropia de las herramientas de producción de conocimiento para reemplazarlas por las suyas, asumiendo así legitimidad teórica y por lo tanto admisión plena a la conversación global. El inconveniente que plantea la propuesta de Mignolo es que, en su propio lugar de enunciación, en sus sociedades, los teóricos de su esquema solo podrían ser “bárbaros” a condición de ser incluidos en un discurso de poder (el de civilización y barbarie) que implica inferioridad según raza, clase social y género. Pero los teóricos de las sociedades latinoamericanas no experimentan ese tipo de marginalización en esos términos. Como miembros de clases medias privilegiadas pueden elegir participar activamente en la discusión transnacional que circula en el centro, y hasta asumir o rechazar la etiqueta de “bárbaros”: una elección que ciertamente no poseen quienes carecen de capital cultural suficiente para rechazar la imposición de *barbarie*. Como apunta Joshua Lund, la obsesiva mirada teórica sobre fronteras teórico-discursivas entre Primer y Tercer Mundo puede así olvidar o dejar de identificar correctamente las verdaderas fronteras que marcan la diferencia entre la legitimación institucional del conocimiento, por una parte, y por otra los vastos sectores de la sociedad que están excluidos de toda participación en el diálogo (Lund 2001: 76-77).

Es comprensible entonces que el latinoamericanismo estadounidense, situado en un lugar central de enunciación, haya desarrollado una mirada ambivalente conciente de sí misma y de la función que le compete en su contexto interpretativo. Por un lado, su discurso se identifica a veces decididamente con el del lugar central en que se desarrolla, volviéndose ciego a las implicaciones políticas de su uso: la desenvuelta circulación del término “postcolonial” en los estudios latinoamericanistas, por ejemplo, parecería sugerir en ciertas ocasiones la consoladora impresión de que los países del Primer Mundo ya hubieran renunciado a controlar partes importantes de las sociedades latinoamericanas.

Por otro lado, el latinoamericanismo estadounidense revela a veces dramáticamente su autoconciencia del vacío político en que puede girar su discurso. John Beverly ha demostrado fehacientemente las dificultades y contradicciones del intento de representar al “otro subalterno” latinoamericano, y ha desencubierto la pérdida de poder político contestatario que experimentan las categorías críticas latinoamericanas cuando son sacadas fuera de su contexto para ser domesticadas por dentro del latinoamericanismo de los Estados Unidos.³ José Rabasa ha advertido sobre el riesgo de “combinar las representaciones político-estéticas de la subalternidad hechas por los intelectuales descolonizadores con los intereses y la subjetividad de los subalternos” mismos (1994: 145). Si es ya bastante frecuente en los estudios literarios en lengua inglesa la percepción de que el discurso teórico puede convertirse en un simple *ersatz* de la acción política, la convicción de que las discusiones teórico-críticas pueden llevar a la academia hacia un cómodo pero verdadero margen, en los estudios latinoamericanistas esta percepción es a veces más penosa porque implica una decepcionante *capitis diminutio*, el incómodo reconocimiento de hallarse en el margen del margen. Tomando nota de lo que Frederick Jameson, “distinguido profesor de inglés en Harvard”, señala –con intención reivindicatoria, por otra parte– acerca de que en la universidad estadounidense se ha ignorado “no sólo la literatura afronorteamericana y la literatura de mujer, sino también la del Tercer Mundo”, Walter Mignolo expresa así su irritación: “Dado que [he estado todo este tiempo] enseñando literatura del Tercer Mundo a los estudiantes norteamericanos, vengo a darme cuenta de que tanto la literatura como la función que desempeñan los departamentos de lengua y literatura extranjeras fue ignorada en

³ Véase su discusión sobre los usos de los conceptos “transculturación narrativa”, de Ángel Rama, y “heterogeneidad”, de Antonio Cornejo Polar en los capítulos II y III de su libro *Subalternity and Representation: Arguments in Cultural Theory* (1999).

el pasado y, probablemente, aún lo sea” (1991: 16). Si los estudios literarios en lengua inglesa dan una batalla política imaginaria, si sus luchas teóricas no van generalmente más allá de constituirse en reacciones compensatorias ante el fracaso político (Guillory 1993: 5-8), las luchas teóricas latinoamericanistas estadounidenses pueden resultar entonces doblemente marginadas, un sustituto a la segunda potencia.

Esta condición no invalida el trabajo latinoamericanista realizado en los Estados Unidos ni mucho menos paraliza su autocuestionamiento, que como se ha visto es tan activo como el que le sirve de marco. Deben ser reconocidas, sin embargo, las dificultades de *traducibilidad* que plantean sus condiciones de trabajo. Nacidos en un particular lugar de enunciación, los objetivos y hasta las categorías del latinoamericanismo estadounidense pueden ser especies de complicado trasplante fuera de su medio. El peso otorgado al realismo mágico, por ejemplo, es de difícil digestión en el actual discurso crítico latinoamericano pero no lo es en el latinoamericanismo estadounidense, donde se le atribuye un “poder transgresor y subversivo” y donde ha adquirido renovado prestigio al ser incluido en el discurso postcolonial como un “modo de conciencia en conflicto” que actúa en la interacción entre las culturas indígenas y la europea, y hasta en la literatura postmoderna por la “visión de lo periférico [y lo] excéntrico” que se le otorga (Zamora y Faris 1995: 5-6, 222 y 194). Las posiciones de avanzada en la discusión sobre la legitimidad de las literaturas no canónicas, como la chicana y la afronorteamericana, reclaman a García Márquez más que a Faulkner para otorgarles a esas literaturas una genealogía caribeño-latinoamericana, integrando la literatura “menor” norteamericana (la literatura de minorías) en un plano transnacional y hemisférico a través de la categoría naturalizada del realismo mágico (Saldívar 1991).

Este recorte del realismo mágico, sin duda extemporáneo desde la perspectiva del contexto interpretativo latinoamericano, debe ser entendido por dentro de la especificidad del contexto estadounidense y no en términos del ejercicio de “libertad teórica” por parte de los investigadores. Como la representación cultural de Latinoamérica está mediatizada por el sistema universitario y las empresas estadounidenses, quienes deciden según su lógica globalizadora qué películas latinoamericanas serán exhibidas, qué libros serán traducidos, qué asuntos sociales o políticos serán representados o cuáles serán los “verdaderos representantes” del continente, la construcción imaginaria de Latinoamérica prevaleciente en la academia y en los medios estadounidenses tiende a reforzar la percepción de que aquella es predominantemente una zona geográfico-cultural de la que se debe esperar la provisión de materia prima textual: el realismo mágico de marras, por ejemplo, y demás “auténticas” otredades.⁴

Ejemplos como éstos son bastante elocuentes respecto de la necesidad de examinar con debida atención el *locus* de los enunciados teórico-críticos para poder evaluarlos correctamente según su posicionalidad en el discurso social respectivo. La contribución más importante de los estudios literarios latinoamericanistas estadounidenses no hay que buscarla en sus rasgos masivos; en su ingente productividad de investigación y publicación exigida por el sistema de contratación, promoción y ascenso profesional; o en su inevitable *excesividad*, que es parte del sistema general de consumo excesivo en el que se inserta. Su verdadero aporte reside en la ambivalencia misma en que se desenvuelven, en la autorreflexión que a veces ésta promueve; en la conciencia (aun la falsa conciencia) de la responsabilidad ético-política que implica la disciplina, tanto en relación con su propio locus enunciativo como con el latinoamericano de referencia. Cierro con un caso que desde sus remotos orígenes ya le plantea al latinoamericanismo norteamericano una acuciante pregunta sobre la condición política de sus funciones.

William Prescott (1796-1869) es quizás el hispanista que más concluyentemente ha definido el campo de los estudios literarios latinoamericanistas norteamericanos en sus primeros

⁴ Véase el análisis de Yúdice sobre Carlos Fuentes como icono “latinoamericano” y “mexicano” en los Estados Unidos (1992: 204). Sobre la construcción estadounidense de Latinoamérica como dadora de materia prima cultural y no de teoría, véase López (2001: 2-3).

momentos.⁵ Su *Historia de la conquista de México* (1843) fue un éxito de venta durante la invasión norteamericana de los Estados Unidos a México (1846-1848), y fue una obra de inclusión obligatoria en las bibliotecas de las naves de su marina de guerra. El peso discursivo *profético* adjudicado a ese relato está atestiguado en numerosos documentos de la época, por ejemplo en la correspondencia privada de oficiales de la fuerza expedicionaria norteamericana donde se usa el relato de Prescott sobre la invasión de Hernán Cortés para elevar épicamente los propios actos de guerra en el valle de México, comparando a las tropas mexicanas con hordas *primitivas* de “aztecas supersticiosos” y comparándose estos oficiales a sí mismos con los conquistadores españoles, como símbolos de civilización y progreso. Prescott, acaso sin advertir la racionalización que había facilitado su *Historia*, se declaró privadamente en contra de la invasión calificándola como una “ola de locura sin precedentes” y un potencial “veneno para la democracia” (cartas a George Sumner de 1846, citadas por Eipper 2000: 420-421).⁶

Pero este rechazo de la aventura imperialista tiene un reverso en su apetito voraz y privado por los despojos culturales acarreados por la invasión. En la correspondencia que Prescott mantiene con oficiales de su amistad acampados en ciudad de México después de la victoria, los exhorta a buscar activamente manuscritos y documentos que puedan servirle para sus proyectos de investigación. Le escribe al general Caleb Cushing: “Tengo la esperanza de que podamos sacar algún provecho de nuestra pasajera posesión de la capital mexicana para exhumar algunos monumentos y manuscritos aztecas” (citado en Eipper 2000: 423). Dueño de una gran fortuna, conectado con los círculos del poder, semiciego, recluso en su biblioteca, escribiendo sus libros con la ayuda de un noctógrafo (el instrumento tecnológicamente más avanzado de su época), Prescott duplica simbólicamente el apetito de apropiación del expansionismo de su nación, el llamado “Destino Manifiesto”. Dirige desde su puesto de trabajo solitario un ejército privado de agentes a quienes retribuye generosamente para que le encuentren en archivos, monasterios y bibliotecas privadas de Europa e Hispanoamérica, riquezas documentales inéditas destinadas a aumentar su biblioteca y a fundamentar sus investigaciones: manuscritos de Fernández de Oviedo, la quinta carta de Cortés, las canciones del rey poeta Nezahualcōyotl.

En su invasión de México los Estados Unidos se habían apropiado de California, Nueva México y otros territorios adyacentes, demarcando en el proceso un nuevo mapa del continente. De la misma manera, en su narrativa de la marcha apropiadora de Cortés Prescott había insertado estudios literarios sobre Sahagún, Las Casas, Oviedo, Gómara, Bernal Díaz, Solís, Nezahualcōyotl, codificando en su proceso de escritura el canon que aún es la base de los cursos y listas de lecturas sobre literatura colonial hispanoamericana en las universidades de los Estados Unidos. El apetito geográfico del “Destino Manifiesto” se duplica en esta apropiación de capital simbólico, donde “pirámides, alfarería y poesía son semánticamente intercambiables con la dominación política y la conquista territorial” (Eipper 2000: 423). Asqueado por la guerra de expansión y fascinado al mismo tiempo por la oportunidad que ésta le brinda para apropiarse de valiosos materiales culturales, rechazando moralmente la rapiña del “Destino Manifiesto” pero duplicándola al creer firmemente en que el derecho de propiedad sobre los bienes culturales ajenos le asiste a quien sepa *mejor* usarlos, la ambigüedad de Prescott se convierte en un legado y una referencia remota pero todavía válida para los actuales estudios literarios latinoamericanistas estadounidenses, puestos a cargo de la interpretación de textos latinoamericanos para una audiencia norteamericana. Como señala Eipper, latinoamericanista norteamericano, “tenemos mucho que aprender del inquietante ejemplo planteado por un investigador cuya genuina admiración del mundo hispanoparlante sirvió sin embargo a un acto imperialista que rechazó personalmente” (2000: 424). Aprender a batallar, agregar, con la casi

⁵ Sigo aquí en resumen la lúcida discusión que desarrolla Eipper (2000) sobre el caso Prescott. Véanse otros estudios recientes sobre Prescott en Merrim (1989), Ernest (1993) y Wertheimer (1995).

⁶ No parece que este rechazo de Prescott se haya debido a la intención de defender la soberanía y los derechos mexicanos, sino más bien a una concepción casi religiosa respecto del castigo divino que puede esperar una sociedad que comete actos violentos fuera de su territorio. Algo parecido sugiere Sarmiento en *La vida de Lincoln* al explicar la guerra civil de secesión como un precio que Estados Unidos debió pagar por la guerra que injustamente desatara pocos años antes contra México (Eipper 2000: 421).

irresistible oferta del propio contexto interpretativo; aprender a evitar el posible vaciamiento teórico de la realidad y el acto político; aprender a hablar de manera de ser escuchado por encima del ruido imperialista, cuando se está hablando desde el centro imperialista.

BIBLIOGRAFÍA

- AUERBACH, Eric (1950). *Mimesis: la realidad en la literatura*. México, Fondo de Cultura Económica.
- BERUBE, Michael (1998). "The Abuses of the University". *American Literary History* 10/1, 147-163.
- BEVERLY, John (1999). *Subalternity and Representation: Arguments in Cultural Theory*. Durham, N.C., Duke University Press.
- CHAMPAGNE, John (1996). "'A Feminist Just Like Us?': Teaching Mariam Ba's *So Long a Letter*". *College English* 58/1, 22-42.
- EIPPER, John E. (2000). "The Canonizer De-Canonized: The Case of William H. Prescott". *Hispania* 83/3, 416-427.
- ERNEST, John (1993). "Reading the Romantic Past: William H. Prescott's *History of the Conquest of Mexico*". *American Literary History* 5, 231-249.
- GUILLORY, John (1993). *Cultural Capital: The Problem of Literary Canon Formation*. Chicago, University of Chicago Press.
- HALE, Charles R. (1997). "Cultural Politics of Identity in Latin America". *Annual Review of Anthropology* 26, 567-590.
- HASSAN, Wail (2001). "A Comment on 'Reflections on an Anthology'". *College English* 63/6: 792-794.
- LÓPEZ, Silvia L. (2001). "Introduction: The Task of the Editor". *Cultural Critique* 49, 1-17.
- LUND, Joshua (2001). "Barbarian Theorizing and the Limits of Latin American Exceptionalism". *Cultural Critique* 47, 54-90.
- MERRIM, Stephanie (1989). "Civilización y barbarie: Prescott como lector de Cortés". *La historia en la literatura iberoamericana*. Ed. Raquel Chang-Rodríguez y Gabriella de Beer. New York City, City College, 87-96.
- MIGNOLO, Walter (1991). "Canons A(nd) Cross-Cultural Boundaries (Or, Whose Canon are We Talking about?". *Poetics Today* 12/1, 1-28.
- MIGNOLO, Walter (1998). "Globalization, Civilization Process, and the Relocation of Languages and Cultures". *The Cultures of Globalization*, ed. Fredric Jameson and Masao Miyoshi. Durham, N.C., Duke University Press, 32-53.
- MOREIRAS, Alberto (1994). Reseña de *The Dialectics of Our America: Genealogy, Cultural Critique, and Literary History*, de José David Saldívar. *The Hispanic American Historical Review* 74/4, 697-98.
- PLETSCH, Carl E. (1981). "The Three Worlds, or the Division of Social Scientific Labor, circa 1950-1975". *Comparative Studies in Society and History* 23/4, 565-90.
- RABASA, José (1994). Reseña de *The Dialectics of Our America: Genealogy, Cultural Critique, and Literary History*, de José David Saldívar. *The Americas* 51/1, 143-145.
- SAID, Edward (1991). "Identity, Authority, and Freedom: The Potentate and the Traveler". *Transitions* 54, 131-50.
- SALDÍVAR, José David (1991). *The Dialectics of Our America: Genealogy, Cultural Critique, and Literary History*. Durham, N. C., Duke University Press.
- SPIVAK, Gayatri Chakravorty (1993). *Outside in the Teaching Machine*. New York, Routledge.
- VIDAL, Hernán (1993). "The Concept of Colonial and Postcolonial Discourse: A Perspective from Literary Criticism". *Latin American Research Review* 28/3, 113-119.
- WERTHEIMER, Eric (1995). "Noctography: Representing Race in William H. Prescott's *History of the Conquest of Mexico*". *American Literature* 67, 303-327.
- YÚDICE, George (1992). "We are not the World". *Social Text* 31/32: 202-216.
- ZAMORA, Lois Parkinson y WENDY B. Faris (comp.) (1995). *Magical Realism: Theory, History, Community*. Durham, N. C., Duke University Press.